

6. DE EGIPTO A LA TIERRA PROMETIDA

Principio de una nueva vida

¿Cuándo, en qué momento de la vida del creyente empieza realmente a funcionar la vida de su hombre interior? Desde el mismo instante aquel en que cree que el Hijo de Dios, el Cordero de Dios, el Señor Jesús, el Cristo de Dios, derramó Su preciosa sangre en la Cruz del Calvario para redimirlo y darle vida eterna.

En el Antiguo Testamento, el pueblo hebreo no hubiera podido empezar a conocer a Dios, el mismísimo Dios de sus padres Abraham, Isaac y Jacob, si antes, por iniciativa de Dios mismo, no hubieran sacrificado y comido el cordero pascual, y untado la sangre en los dos postes y en el dintel de las casas, de sus propias moradas. Dentro de la riqueza tipológica veterotestamentaria escrita para nuestro ejemplo, tenemos la institución de la pascua en Éxodo 12. El faraón egipcio se había negado rotundamente a dejar en libertad al esclavizado pueblo hebreo; por eso fue necesario el derramamiento de sangre. Egipto es el mundo donde todos los creyentes estábamos muertos en nuestros delitos y pecados (Efesios 2:1-3), y esclavos del maligno (2 Pedro 2:19; 1 Juan 5:19), verdadero titiritero que maneja a todos los faraones del mundo, pequeños y grandes, y tiene engañada a toda la humanidad sin Cristo.

⁴*Habló Jehová a Moisés y a Aarón en la tierra de Egipto, diciendo: ²Este mes os será principio de los meses; para vosotros será este el primero de los meses del año*. A partir de ese momento, los hebreos no serían más esclavos del faraón egipcio; Dios los estaba libertando con mano fuerte y brazo extendido, y empezaban una nueva vida, por tanto contarían el tiempo a partir de su nueva

relación con Dios.

Todos los hijos de Dios habíamos vivido en el reino de las tinieblas, siguiendo ciegamente la corriente de este mundo liderado por el rebelde querubín que introdujo el mal en la creación; pero nuestra redención es un hecho histórico; y un día escuchamos esas buenas nuevas, y, convencidos e iluminados por el Espíritu Santo, lo creímos, vino Cristo a nuestra vida y ese día fuimos salvos y nacimos de nuevo, y nuestra regeneración dividió en dos nuestra existencia. Nacimos de nuevo a un maravilloso mundo que no conocíamos; el reino de la luz. Así como los hebreos sacrificaron y se alimentaron de su propio cordero pascual para ser libres del faraón, y derramaron la sangre sobre los postes y el dintel de las casas, de manera similar también ahora nosotros somos salvos por el sacrificio del Cordero de Dios y su sangre derramada en la cruz del Calvario.

El nuevo nacimiento, la *palingenesia*, o regeneración, nos comunica e imparte en nosotros una nueva vida, la vida espiritual que antes no teníamos, y nos lava, nos baña, purificándonos de las impurezas de nuestra pasada forma de vivir. Eso ocurre en nosotros por la acción simultánea de dos poderes: la Palabra de Dios y el Espíritu Santo. *“Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo”* (Ti. 3:5). ⁵*Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. ⁶Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”* (Jn. 3:5,6). *“Para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra”* (Ef. 5:26). El nuevo nacimiento nos introduce en un nuevo estado de cosas, un verdadero nuevo orden. Es como si se nos activaran ciertos sentidos espirituales con los cuales podemos percibir las cosas que son del Espíritu de Dios, que en nuestro anterior estado de muerte espiritual nos era imposible lograrlo.

Al conocer y creer que la sangre del Cordero nos redimió,

nacemos en el Espíritu a la verdadera vida, nacemos a un verdadero nuevo orden; de manera que ese día realmente nacemos a la vida eterna, por la sangre derramada por el Cordero de Dios. Antes de esa fecha sólo se pensaba en las vanidades, en “gozar de la vida”, como si fuera de Cristo hubiera verdadera vida. Algunos rechazan a Cristo porque antes quieren “gozar la vida”. Pero, ¿qué es “gozar de la vida” sin conocer a Cristo? Hay que tener en cuenta que el Señor Jesús es la vida, la única y verdadera vida (Juan 14:6). Eso significa que la persona sin Cristo está muerta. Parece ser una paradoja, pero es la verdad. Todos los que pretenden estar gozando de la vida en el terreno natural, tarde o temprano sufren un gran desengaño; llegan los espejismos, las infidelidades; nada te sacia y todo te atrae sin que te satisfaga. En el mundo no hay nada que satisfaga la sed. Por eso sobrevienen los endeudamientos, las ilusiones, las sobredosis, el alcoholismo y su carnal la prostitución y su secuela de enfermedades, accidentes, abusos, violaciones, egoísmos, homicidios, cárceles y hasta la muerte que toca a la puerta prematuramente. Nada sacia en el reino dominado por Satanás. Allí todo se enloda, y ofendemos hasta a nuestros seres más queridos.

Incluso la gloria, los galardones y los aplausos de los hombres es un asunto enervante, superficial, plástico, veleidoso, y, como la embriaguez, se esfuma dejando un vacío existencial. De manera, pues, que todo ese tiempo vivido antes de nuestra regeneración no cuenta para la vida; entonces ¿para qué contar ese tiempo? Ahora en Cristo comenzamos una nueva vida. Tengamos bien presente que el hombre natural, el hombre no nacido de nuevo, vive engañado y encarcelado con un espeso velo de incredulidad, y no tiene la capacidad espiritual para discernir lo que ocurre en una dimensión que desconoce, la espiritual, pues su espíritu, único canal para hacerlo, no tiene vida, y esa vida solamente la proporciona Dios pero a través de Cristo y por el Espíritu Santo. Así el hombre ciertamente es juguete en manos de los espíritus malignos, pues las fuerzas malignas también son espíritus.

El yugo de Cristo es hacer la voluntad de Dios

En esa deplorable condición, las personas piensan y pregonan que son libres; pero la realidad es otra; la realidad es que ningún hombre es su propio dueño. Cuando uno pertenece al mundo de las tinieblas, es un instrumento en las manos de otro; aunque no lo quiera admitir, y la idea sea muy cruel, es gobernado por Satanás; y la esclavitud del diablo se traduce en pesadas cadenas, a veces barnizadas de oropel. El diablo es experto en colorear los atractivos de esta vida y darles apariencia de libertad, de gloria, de esplendor y hasta de bondad. Pero cuando la persona ha alcanzado la salvación, y es trasladada del reino de las tinieblas al reino de la luz del Hijo de Dios, es siervo de Cristo; o por lo menos ese es el deseo del Señor, que nosotros voluntariamente nos hagamos siervo de Aquel que nos redimió. Pero hay una gran diferencia y es que en el reino de Cristo no hay cadenas; Satanás cansa y carga con trabajos y grandes preocupaciones y problemas a la gente; en el mundo faraónico las personas son agobiadas por el afán de tener éxito en todo lo que emprendan, a veces sin medir los medios usados para lograrlo; pero el Señor Jesús dice:

“²⁸Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. ²⁹Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; ³⁰porque mi yugo es fácil y ligera mi carga” (Mt. 11:28-30).

El Señor sí tiene su yugo, pero es un yugo suave, su carga es ligera. El Señor llama a las personas a que descansen en Él. ¿Por qué? Porque sólo en el Señor se logra el verdadero éxito, la perfecta paz y la plena satisfacción y gozo. Nosotros solos no podemos avanzar en la obra del Señor; no tenemos fuerzas para eso. Cuando hablo de éxito, perfecta paz y plena satisfacción, no me estoy refiriendo a la doctrina de la prosperidad, tan en boga hoy en día. La doctrina de la prosperidad se desborda hacia la faraónica vanidad mundana. El tomar el yugo del Señor no tiene nada que ver con prosperidad terrenal; pero el Señor no me impone a la

fuerza su yugo; yo lo tomo voluntariamente cuando acepto la voluntad de Dios para mi vida. El yugo es la voluntad de Dios, y la carga es la obra de cumplir esa voluntad en nosotros. El Señor Jesús se complació en aceptar la voluntad del Padre, y precisamente se ocupó en hacer esa voluntad. Si nosotros optamos por ese camino, tenemos la ventaja de que el yugo es compartido con el Señor Jesús, como dos bueyes que van uncidos al mismo yugo para compartir sus fuerzas al arar, y así podemos hacer mejor la voluntad del Padre. Los líderes religiosos oprimen al pueblo de Dios con pesadas cargas; mucha gente no encuentra descanso debido a que no descansa en Cristo, pues los modernos fariseos le imponen a los creyentes un peso abrumador con sus innumerables preceptos, imposibles de soportar. Pesadas cargas económicas, insoportables preceptos legalistas y rituales, cadenas y velos religiosos, acusaciones y amenazas que no dan lugar al reposo a la conciencia del hermano que Cristo ha hecho libre. Sigue diciendo Éxodo 12:

³Hablad a toda la congregación de Israel, diciendo: En el diez de este mes tómesese cada uno un cordero según las familias de los padres, un cordero por familia. ⁴Mas si la familia fuere tan pequeña que no baste para comer el cordero, entonces él y su vecino inmediato a su casa tomarán uno según el número de las personas; conforme al comer de cada hombre, haréis la cuenta sobre el cordero. ⁵El animal será sin defecto, macho de un año; lo tomaréis de las ovejas o de las cabras. ⁶Y lo guardaréis hasta el día catorce de este mes; y lo inmolará toda la congregación del pueblo de Israel entre las dos tardes”.

Los anteriores versículos encierran una gran riqueza tipológica en la economía divina: Cristo es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, inmolido desde antes de la fundación del mundo;¹ Cristo es nuestra pascua (1 Co. 5:7); de manera que la redención del hombre es un plan eterno de Dios, no un evento fortuito y

¹Cfr. Juan 1:29; Apocalipsis 13:8

accidental. Dios lo sabe todo, y Él sabía que Lucero iba a dar origen al mal en el cielo y luego introducir el pecado en el hombre en el Edén. ¿Se apresuró Dios a preparar un plan de emergencia? No; todo estaba previsto en los propósitos del Señor a fin de redimir a Sus escogidos.²

La sangre de Cristo es el fundamento

“¹⁸Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, ¹⁹sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ²⁰ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros” (1 Pe.1:18-20).

Comido el cordero, el pueblo empieza una peregrinación por el desierto, pero ya redimidos y separados de la vana manera de vivir heredada de nuestros padres. Todo vivir sin Cristo es vanidad, todo; no importa el alto interés que pueda aparentar algo entre los hombres más conspicuos de la tierra. Puede tratarse incluso de asuntos de tanta importancia y envergadura como recibir el Premio Nobel en cualquiera de sus disciplinas. La redención de Cristo reviste un propósito tan alto, que en verdad lo subestimamos, y que no se compara con lo más importante de este mundo. Un Premio Nobel no lo recibe cualquiera, y al que lo recibe se le abren las puertas hasta de los reyes y gobernantes de las naciones más importantes de la tierra; pero no sirve para abrirnos las puertas para mirar el rostro de Dios delante de Su trono, como tampoco libra a nadie de entrar por las puertas del Hades y la Gehena, el lago de fuego eterno.

Aparentemente hay una contradicción en cuanto al número de corderos sacrificados. El verso 6 de Éxodo 12 dice: “**Lo** inmolará

² Cfr. Efesios 1:3-4; 1 Pe. 1:18-20

toda la congregación del pueblo de Israel en las dos tardes". Aunque cada familia debía sacrificar su propio cordero, sin embargo la Palabra resalta que se trata de una sola congregación y de un solo cordero, para tipificar Cristo y a la Iglesia, aunque cada familia hebrea tipifica a cada iglesia local reunida en torno al Cordero, pero local en el sentido bíblico de una sola congregación por localidad (*polis*: ciudad, pueblo). El caso es que por la obra de Cristo somos absolutamente redimidos. Dice Éxodo 12:7,11,13:

"Y tomarán de la sangre, y la pondrán en los dos postes y en el dintel de las casas en que lo han de comer. ¹¹Y lo comeréis así: ceñidos vuestros lomos, vuestro calzado en vuestros pies, y vuestro bordón en vuestra mano; y lo comeréis apresuradamente; es la Pascua de Jehová. ¹³Y la sangre os será por señal en las casas donde vosotros estéis; y veré la sangre y pasaré de vosotros, y no habrá en vosotros plaga de mortandad cuando hiera la tierra de Egipto".

Esa sangre fue la garantía absoluta de que hubiese paz y salvación en cada familia que hubiese creído y obedecido a Dios. Un sustituto había sido sacrificado; había habido derramamiento de sangre y Dios la había visto. En Cristo somos salvos eternamente (Juan 3:16; 6:40, 47,54; 10:15,28). Dios no nos mira a nosotros sino a la sangre. Si la salvación descansara en los méritos personales, pensamientos, experiencias y sentimientos (Efesios 2:8,9), al siguiente día de conocer a Cristo ya estaríamos perdidos, y viviríamos desesperados. Algunos creyentes viven llenos de dudas y temores, y tienen una pobre apreciación del valor de la sangre de Cristo, y a veces hasta puede que piensen que Su sacrificio no es suficiente, o cunde una desorientación en medio del pueblo cristiano, creyendo que nuestra salvación depende también de lo que nosotros hagamos o dejemos de hacer. El israelita no tenía para qué dudar, sabiendo que la sangre está aplicada en los postes y en el dintel de la casa. Somos cubiertos por fuera por la sangre del Cordero, como en un aspecto jurídico de su obra; es su salvación eterna, la del espíritu, pero también debemos alimentarnos de Él,

que es el aspecto orgánico, a fin de que podamos ser como Él, y esto se relaciona con la salvación de nuestra alma y nuestra participación en el reino.

La única exigencia de Dios a los hebreos consistió en que sacrificaran el cordero pascual, se lo comieran asado con panes sin levadura y yerbas amargas, y untaran la sangre donde el ángel de la muerte la pudiera ver. El único requisito que nos demanda Dios para nos beneficiemos de su salvación ya provista, es que creamos en el que Él ha enviado (Juan 6:29). La obra de Cristo en la cruz y su sangre derramada es garantía absoluta de que nuestra salvación ya está asegurada.

El pueblo de Israel fue liberado de la esclavitud faraónica, saliendo de Egipto en toda su plenitud, y a pesar de sus conflictos y transgresiones durante su travesía por el desierto, nadie dejó de pertenecer al pueblo de Dios, y nadie fue devuelto a Egipto por falta de méritos. Ellos, todos, iban perfectamente cubiertos por la sangre del cordero. Fueron puntualmente disciplinados según el caso, aun a la misma hermana de Moisés, pero siempre el pueblo prosiguió su marcha hacia la tierra prometida. Claro, una vez que una persona es salva es preciso que su vida experimente una transformación total a fin de lograr conocer bien y disfrutar a Cristo, que es nuestra tierra prometida, nuestro reposo. Para llegar a Canaán, Israel divagó durante cuarenta años por el desierto. ¿Por qué Dios no los llevó por ese camino corto que habían utilizado los hijos de Jacob cuando fueron a comprar trigo? Porque el pueblo debía madurar, conocer cada día más al Dios poderoso que los había sacado de Egipto; ese pueblo debía fortalecer su fe, descansar en el Señor, conocer los principios divinos de vida a fin de dar testimonio de que eran un pueblo diferente, desvinculados de la idolatría y de las costumbres de las otras razas.

Las jornadas por el desierto

El desierto es nuestra cruz. Sin cruz no podemos andar en pos de

Cristo, ni obedecerle, pues a cada trecho se interpone nuestro yo. Eso lo podemos ver en el ejemplo del pueblo hebreo. Ese es nuestro espejo. Los israelitas, a través de la pascua, salieron de **Ramesés**, en Egipto,³ que representa el mundo de donde salimos, donde morábamos como esclavos antes de conocer a Cristo. ¿De qué éramos esclavos en el mundo? Éramos esclavos del pecado y del viejo hombre heredado de Adán; éramos esclavos de nuestras propias concupiscencias y vanidades, del diablo como príncipe de la potestad del aire; éramos esclavos del mundo con su corriente satánica y su civilización maligna; éramos esclavos de nuestro propio yo y la carne que arrastra; éramos esclavos del egocentrismo y del egoísmo que viene involucrado en nosotros mismos; éramos esclavos de la idolatría religiosa y política; éramos incluso esclavos de la idolatría de los espectáculos, de la moda y del entretenimiento; éramos esclavos del mundo de los deportes mal orientados. Es curioso que Ramesés signifique “hijo de Ra”, hijo del sol, pues el mismo faraón era considerado divino, y exigía adoración de sus súbditos.

Bueno, pero redimidos y liberados de la esclavitud mediante la sangre del Cordero, el pueblo de Dios sale de Ramesés y acampa en **Sucot**. En Sucot sólo acampa, pues su destino es la tierra prometida. Nuestro destino es reposar en Cristo, alimentarnos de Cristo, vivir para Cristo, atesorarnos de Cristo. Sucot en hebreo significa *enramadas, cabañas, tabernáculos*, pequeñas tiendas propias de los peregrinos, porque eso somos los hijos de Dios en esta tierra.⁴ Nuestro destino no es el desierto, sino descansar en Cristo y llegar a la manifestación del Reino con Él, en santidad.

De Sucot salieron y acamparon en **Etam**, a la entrada del desierto, donde son bautizados en la nube, en Cristo, y de allí

³Leer las 42 jornadas del pueblo de Israel a través del desierto en Números 33. Recomendamos especialmente la lectura del libro “*El Libro de las Jornadas*” de Gino Iafrancesco V. Edición Autoral, 2001.

⁴Cfr. Éxodo 12:37-39; Números 33:5

pasaron a acampar en **Pi-hahiroth**, donde pasan por el Mar Rojo y son bautizados en el mar⁵. Allí vieron el poder de Dios manifestado. Pero después de ser bautizados, los problemas no se hicieron esperar, y tuvieron sed en el peregrinar por el desierto, pero al entrar a acampar en **Mara**, lo que encontraron fue aguas amargas. Mientras los creyentes caminamos por este desierto, no todo es felicidad; también hay amarguras. Pero la cruz de Cristo endulza las aguas amargas. Jamás debemos olvidar que ya dejamos atrás a Ramesés, que el Señor nos ha hecho libres para Él. Por ejemplo, las posiciones (y posesiones) religiosas, políticas, económicas, sociales, étnicas, culturales, constituyen verdaderas talanqueras para que podamos tomar decisiones positivas frente a Cristo. El Señor nos ha hecho un llamado, pero nosotros debemos decidirnos por Él voluntariamente. Él quiero realizar una transformación en nosotros, pero para eso nuestro yo debe rodar cuesta abajo. Para serle útiles a Cristo es necesario que Él reine confiada y soberanamente en nosotros. No disfrutamos plenamente a Cristo debido a que vivimos engañados, y pensamos que lo que tenemos en el mundo es más real y efectivo que el Señor. Tal vez se mire al Señor desde una perspectiva muy abstracta, lejana. Si miramos bien las cosas, las posiciones en el mundo en sí no afectan; el problema radica en el corazón de la persona que las tiene o que las ambiciona; y es allí donde actúa el Señor, si tú lo deseas. Algunas veces hay demasiada dureza en el corazón, a tal punto que hemos visto al Señor derribando primero al ídolo objetivo para después trabajar en la parte subjetiva del ídolo, cuando lo usual es a la inversa. Nada es un ídolo mientras no se le idolatre.

Al salir de Mara se entra a acampar en **Elim**, donde el pueblo encuentra un oasis con fuentes de agua rodeadas de hermosas palmeras. Allí hay un descanso, pues las pruebas también tienen sus límites; pero el desierto no ha terminado, la marcha continúa con sus altibajos, sus deseos de volver a comer de lo que disfrutábamos en Ramesés, sus luchas, sus dudas, sus pruebas, pero sobre todo

⁵Cfr. 1 Corintios 10:1-2

con su acervo de aprendizaje acerca de un Dios tan poderoso, sabio y rico en misericordia. Son alimentados sobrenaturalmente con el maná, reciben la Ley en el monte Horeb de la misma mano de Dios; pero todas esas manifestaciones de la gloria de Dios también se enfrentan al escepticismo humano.

¿Qué hay respecto de nosotros? Sobre esto se ha escrito mucho, pero la Iglesia tiene mala memoria. ¿No está ahí el mismo Nuevo Testamento escrito hace dos mil años? ¿Le ha creído la Iglesia a la doctrina de los apóstoles? Se puede disponer de todo el acopio de conocimiento bíblico acerca de Cristo; incluso se puede manejar muy bien toda esa revelación acerca del plan eterno de Dios, de los misterios revelados en la Palabra, como el misterio de Dios, Cristo, y el misterio de Cristo, la Iglesia; se puede entender muy bien sobre la unidad del único cuerpo de Cristo y otros dogmas fundamentales; se puede incluso tener una visión clara de todo eso, pero ¿se le cree a Dios? Un conocimiento fundamental puede seguir siendo una herencia objetiva, que necesita aún ser arraigada y apropiársela subjetivamente con todos los santos. Debemos dejar que la visión se haga vida y desplace todo lo que se le oponga, aun nuestro propio interés de contar con herramientas para fabricar discursos.

En medio de todo este caos, para lograrlo sólo hay una condición: hay que pagar un precio; el precio es la cruz. Los ingredientes de la cruz son, entre otros, la obediencia, el amor y la humildad. Cuando se obedece, se sufre, hay cambio de valores; cuando se ama, se sufre, hay entrega de sí mismo; cuando se es humilde, se sufre, hay vejaciones. En la tipología veterotestamentaria, pasar por las pruebas del desierto equivale a pasar subjetivamente por la experiencia de la cruz. El pueblo hebreo no pudo eludir la cruz. La cruz es un proceso de madurez, y quien lo eluda no puede madurar; vivirá siempre como un niño espiritual, en una fase alimática, y así lo alcanzará el juicio del tribunal de Cristo. Al pueblo hebreo le ocurrió algo así, y sufrieron una especie de juicio que les impidió entrar en la tierra a toda una generación. Cuando llevaban dos años de aprendizaje por el desierto, perdieron el examen. Se

enfrentaron a una toma de conciencia cuando llegaron a *Ritma*, en el desierto de Cades. Allí Dios les dijo que entraran y tomaran la tierra, pero ellos no le creyeron a Dios, ni aún después de haber enviado a doce espías a reconocer la tierra prometida, tipo de Cristo, nuestra herencia de gracia. Es como si hubieran dicho: “Vamos a ver si lo que Dios dice es verdad”. El pueblo de Dios se resiste a reposar en Cristo; pero por el desierto vamos aprendiendo a creer en el Señor, y a marchar en pos de Él..

El caso de Moisés

Antes de mirar lo de los doce espías hebreos, veamos someramente el caso de Moisés. Moisés en Egipto recibió durante cuarenta años todo el conocimiento intelectual, científico, cultural, religioso, filosófico y militar digno de un príncipe hijo del faraón. Lo educaron y capacitaron para que llegara a ser gobernante de su patria. Ya era apto para regir un imperio terrenal; pero en las cosas de Dios era totalmente un niño inmaduro, aun cuando sus verdaderos padres hubiesen sido hebreos. No conocía a Dios en absoluto. Y como el Señor le tenía un llamado para liderar a su pueblo hacia la libertad y la santidad, era necesario que ese líder prepotente se convirtiera en el hombre más manso de la tierra;⁶ y para ello era necesario que pasara por la cruz durante el mismo tiempo, cuarenta años. Cuarenta años en el desierto de Madián, pastoreando ovejas ajenas, y sufriendo quién sabe cuántas necesidades. Hay hermanos que, puede ser de muy buena fe, piensan que porque reciben durante un corto tiempo conocimientos intelectuales en un seminario bíblico, ya salen aptos para liderar y pastorear en la iglesia. Con esto no estamos demeritando los estudios bíblicos y teológicos, de ninguna manera; pero esas son apenas herramientas de trabajo, pues el llamado es de Dios. Es como si un cartón les confiriera ese derecho. O la imposición de manos por parte de otros líderes. ¿Y la cruz qué? Los pastores bíblicos no son personas inmaduras. Por eso cuando

⁶Cfr. Números 12:3

el Señor lo llama y lo envía, Moisés, en vez de correr a decirle que él era el hombre apropiado, más bien le dice: Señor, yo no sirvo para eso. Cuanto más maduros somos, más indignos nos consideramos. Por eso fue la persona indicada para el arduo y difícil trabajo que llevó a cabo durante otros cuarenta años, y pudo escuchar los consejos de su suegro, y soportar las murmuraciones de sus hermanos, y sortear las continuas quejas de un pueblo rebelde, y enfrentar la rebelión de Coré, Datán y Abiram. Sin Madián no hay liderazgo de parte de Dios. El desierto y la cruz van de la mano.

Tenemos también el ejemplo del apóstol Pablo. Saulo de Tarso había sido una persona altamente estructurada y calificada para el liderazgo religioso. Había estudiado en Jerusalén con Gamaliel (cfr. Hechos 22:3), de la crema y nata de los maestros bíblicos de su época y un rabino muy respetado y miembro del concilio supremo de los judíos, heredero y seguidor de las interpretaciones bíblicas de Hil-lel, un honorable y destacado rabino que vivió poco antes del tiempo de Jesús. Según podemos colegir de las páginas sagradas, Saulo ocupaba una posición privilegiada en los círculos del Sanedrín, el concilio supremo, y como consecuencia, su situación económica podría ser holgada. Pero cuando Cristo le fue revelado, nada de eso le sirvió para que ocupara enseguida un lugar destacado dentro del liderazgo de la Iglesia. Muy por el contrario, el Señor guió las cosas de tal manera que fue perseguido por la sinagoga en Damasco y rechazado por los creyentes en Jerusalén, a fin de que no tuviese otra salida sino irse a su tierra natal a comenzar de cero, a ser tratado el viejo Saulo. Desde el día en que tuvo su encuentro con Jesús en el camino de Damasco, hasta cuando fue llevado por Bernabé a Antioquía y comenzara realmente a ejercer su liderazgo cristiano, habían transcurrido catorce años;⁷ antes no había estado en capacidad para soportar todo el sufrimiento que padeció en el ejercicio de su ministerio apostólico, tanto que en su primer viaje misionero fue arrastrado pensando que estaba muerto, a consecuencia de haber sido lapidado en la ciudad de Listra (cfr. Hechos

⁷Cfr. Hechos 9:1-31; 11:25; Gá. 2:1.

14:19). Entonces no fue Gamaliel quien puso a Pablo en el ministerio sino el Señor Jesús, como él mismo lo declara en 1 Timoteo 1:12: “*Doy gracias al que me fortaleció, a Cristo Jesús nuestro Señor, porque me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio*”.

Los espías hebreos

Estas verdades tratadas en este corto libro no sólo las encontramos en los textos del Nuevo Testamento. El Antiguo Testamento es un venero de alimento espiritual para la Iglesia. En la tipología del Antiguo testamento encontramos muchos ejemplos que nos ilustran el camino de la fe, de la virtud, de la obediencia al Señor, de los métodos de Dios para efectuar en nosotros un verdadero crecimiento espiritual. En todos y cada uno de nosotros se está operando en nuestro diario vivir un algo misterioso. ¿Cómo discurre nuestro diario vivir? ¿Realmente vamos avanzando hacia nuestro verdadero reposo? ¿Hemos entrado ya en nuestro reposo? ¿Cuál es nuestro verdadero reposo? ¿Estamos disfrutando ya a Cristo como nuestro reposo?

Las cosas que acontecieron en el Antiguo Testamento, “*sucedieron como ejemplos para nosotros*”⁸, pues eran figuras de hechos o verdades espirituales que tendrían su cumplimiento en Jesucristo y Su Iglesia. Toda la historia del pueblo hebreo es rica en tipología de hechos que empezaron a tener cumplimiento en la edad de la gracia. Desde que el pueblo de Israel sale de Egipto, empieza Dios a mostrar la historia y el desarrollo de un creyente neotestamentario. Por ejemplo, la salida de Egipto, la pascua hebrea, la sangre del cordero pascual, todos esos hechos corresponden a nuestra redención por la obra de Cristo y la regeneración y santificación por el Espíritu. Los israelitas son sacados de Egipto (tipo del mundo), donde habían estado esclavizados por un tirano terrenal (tipo de Satanás); son liberados porque eran el pueblo de Dios, para llevarlos

⁸ 1 Corintios 10:6

a que habitaran la tierra prometida y establecieran allí el reino de Dios, y que todas las naciones del mundo pudieran tener un testimonio del único Dios verdadero.

Pero antes de que entraran a poseer la tierra, ellos debían pasar por un proceso pedagógico, de desarrollo y de aculturación, que para nosotros significa un conocimiento del Dios Padre y de Su Cristo, es un revitalizarnos por la presencia del Espíritu de Dios en nosotros. Los hebreos fueron sacados del mundo egipcio en primera instancia para que adorasen a Dios en el desierto, y para ello debían conocer al gran Dios que los había liberado de ese mundo satánico; para ello hubo la necesidad de llevarlos al gran monte de Dios para que recibieran la revelación necesaria, para que conocieran los principios, leyes y normas de comportamiento impartidas por el Rey para el buen funcionamiento de ese reino. El Rey era el mismo Dios que vendría a vivir con ellos en medio del campamento, y Él debía tener una casa; luego el pueblo debía recibir instrucciones precisas de cómo construir ese tabernáculo para que Dios morara en medio de Su pueblo.

Ellos debían dar muestras de madurez, obediencia y responsabilidad, antes de entrar a poseer la tierra; para que esa nación reflejara al mundo lo que Dios realmente es, su verdadero carácter y propósitos. El pueblo hebreo al salir de Egipto no era apto para poseer la tierra de Canaán. Los hechos lo confirmaron amplia y repetidamente. Cuando una persona es salva y regenerada, ahí no termina todo. Eso es sólo el comienzo, eso es sólo la puerta de una verdadera y progresiva experiencia con el Señor. Dios pudo haber llevado a los israelitas a la tierra prometida directamente por el mismo camino que menos de cuatrocientos años antes habían usado los hijos de Jacob en tiempos de José, en ocasión cuando fueron por alimentos a Egipto, y haberlos posesionado después de pocas semanas de viaje; pero no lo hizo debido a que ellos no estaban aptos para dar el legítimo testimonio que se requería en el pueblo de Dios de ese tiempo frente a todas las naciones del mundo. Ellos aún no estaban capacitados como guerreros para

enfrentarse con el poderoso enemigo que ocupaba esa tierra. Un creyente cuando aún es un niño en la fe, cuando apenas vive la primera etapa, la de la salvación, no tiene la experiencia necesaria para enfrentarse con un enemigo que no conoce; debe continuar su crecimiento y pasar por las etapas del avivamiento espiritual, la del camino de la cruz, y después sí poder entrar en la etapa de la batalla espiritual.

Cuando el pueblo hebreo llevaba unos dos años de peregrinar por el desierto; cuando ya habían vivido treinta y tres jornadas en las cuales habían tenido oportunidad de madurar, y Dios se les había manifestado en todo momento en su caminar hacia su meta, un día hubo una toma de conciencia. ¿Cuál fue?

Hay hechos en la Biblia que encierran enseñanzas más profundas de lo que en apariencia uno percibe en la simple lectura. A Dios hay que creerle, pero para creerle y amarle es necesario conocerle primero. A todos los que Dios sacó de Egipto, a todos los salvó, todos fueron bautizados al pasar el Mar Rojo, a todos les dio a comer el maná que caía del cielo, a todos condujo y se les mostró mediante una columna de humo en el día y una de fuego en la noche, pero de muchos no se agradó Él. Hay hechos que ocurren en tu vida sólo para descubrir los espíritus. El Señor ha podido llevar a los israelitas y entrarlos a Canaán sin que tuvieran necesidad de enviar los doce espías que relata la Escritura en el capítulo 13 de Números. Pero Él lo permitió porque ellos mismos lo pidieron, y de paso para tomarle el pulso al pueblo. Dios lo sabe todo; Él sabe quién lo ama y quién cree en Él; pero en ese momento era necesario descubrirlo a la faz del mundo y darlo a conocer a la historia, a la luz de todas las generaciones subsiguientes hasta llegar a nosotros. ¿A cuántos ha redimido el Señor y cuántos son aptos para entrar y disfrutarlo a Él en el reino de los cielos?

“Y Jehová habló a Moisés, diciendo: ²Envía tú hombres que reconozcan la tierra de Canaán, la cual yo doy a los hijos de Israel; de cada tribu de sus padres enviaréis un varón, cada uno príncipe entre ellos. ³Y Moisés los envió desde el

desierto de Parán, conforme a la palabra de Jehová; y todos aquellos varones eran príncipes de los hijos de Israel” (Núm. 13:1-3).

¿Había necesidad, pues, de enviar esos espías? Si el pueblo hubiera sido guiado por sólo la fe, creyendo en la palabra de Dios, no hubiera habido necesidad, pues le hubieran creído a Dios por boca de Moisés; pero la condición moral del pueblo lo hacía necesario. Cuando el pueblo llegó a Cades-Barnea, Moisés les dijo: ²⁰*Habéis llegado al monte del amorreo, el cual Jehová nuestro Dios nos da.* ²¹*Mira, Jehová tu Dios te ha entregado la tierra; sube y toma posesión de ella, como Jehová el Dios de tus padres ha dicho; no temas ni desmayes” (Deut. 1:20-21).* El pueblo no le creyó a Dios, y usó de artificios que sustituyeran la fe que les faltaba, y de ahí la necesidad de los espías. Luego les sigue diciendo Moisés:

²²*Y vinisteis a mí todos vosotros, y dijisteis: Enviemos varones delante de nosotros que nos reconozcan la tierra, y a su regreso nos traigan razón del camino por donde hemos de subir, y de las ciudades adonde hemos de llegar”.*

El pueblo no le había creído a Dios. Ya Dios les había dicho en detalle cómo era la tierra, que la tomaran, no importaban las circunstancias que encontrarán en ella y que a su parecer pudieran serles adversas. Pero ellos preferían usar medios humanos para reconocer la misma tierra donde Abraham había venido a vivir por la sola promesa de Dios. Entonces Dios aceptó esa petición del pueblo para poner de manifiesto el verdadero estado moral de ellos. Cuando tú caminas en perfecto acuerdo con Dios, en comunión con Él, bajo la guía segura de Su Santo Espíritu, no necesitas valerte de las ayudas surgidas por las dudas e incredulidades de tu alma. Si lo haces, encontrarás tropiezos, barreras, poderosos estorbos contrarios a los designios de Dios. Toda vez que interponemos nuestros propios buenos oficios, estorbamos el perfecto plan de Dios, o lo demoramos mientras que Él se ve precisado a limpiar nuestra alma de escollos.

Mientras a mí no se me haya sido revelado el reino u otra verdad

divina, no puedo entrar a tomar posesión de esa verdad, por mucho esfuerzo humano que se haya hecho para lograrlo, bien sea por mi voluntad o por la de terceros. Cuando el pueblo hebreo fue conducido hasta Cades-Barnea, así como Dios introdujo en la tierra prometida a doce espías, asimismo ha podido haber introducido a todo el pueblo; pero allí fue manifestado el verdadero estado del corazón del pueblo; aún alrededor de ellos había una dura coraza de incredulidad que impedía la manifestación gloriosa de los hechos de Dios. Dios les dice: Tomen la tierra; y ellos dicen: Enviemos unos espías para constatar si es verdad lo que Dios dice.

Los espías fueron y vieron que todo lo que Dios había dicho era verdad; pero los espías reflejaron el estado del corazón de todo el pueblo, pues de doce, sólo dos -Josué y Caleb- invitaron con insistencia al pueblo a subir y tomar posesión de la tierra inmediatamente. Era el momento de Dios. Los otros diez, llenos de incredulidad, temor humano, sin la debida penetración a una fe con la suficiente profundidad como para que le diera sustantividad a las promesas de un Dios que no miente y que es fiel a sus propósitos eternos.

¿Cuáles son nuestros temores cotidianos? ¿Somos nosotros mejores que los espías hebreos? ¿A qué cosas del mundo y de nuestro pasado estamos aún aferrados? ¿Hay seguridad en nosotros de que el Dios que nos ha llamado es confiable? ¿A qué le temieron los espías? Ellos encontraron lo que el pueblo quería que encontrarán: todos los escollos necesarios que impedirían entrar en una tierra que ellos aún no amaban, ofrecida por un Dios a quien muy poco conocían y menos amaban y creían. Todavía tenían el espíritu del mundo egipcio. Aunque ya constituían el pueblo de Dios, sin embargo, los hebreos aún no daban muestras de serlo. Aún estaban llenos de desconfianza y temores debido a que aún no amaban a un Dios que poco conocían, pues el amor quita todo temor. Los espías temieron a esas grandes y fuertes ciudades, a sus altas murallas y a los gigantes anacenos; pero no tuvieron en cuenta que más poderoso es el que está en nosotros que el que está en el mundo,

por muy gigante que se muestre a los pueblos.

Para nuestro Dios no hay muralla que no pueda derribar ni ciudad que no pueda tomar con sólo las voces de júbilo de un pueblo que le adore, que confíe en Él, que le crea y le obedezca, que descansa sólo en su portentosa obra⁹; Él no cambia; Él se mantiene fiel a Sus propósitos y a Su palabra. Nuestro Dios está interesado en que vean Su gloria y poder manifestados cuando con sólo trescientos hombres derrota un ejército tan numeroso como langostas en multitud¹⁰; es tan poderoso el Señor de nuestras vidas que es capaz de vencer a un arrogante y bien armado gigante, por medio de un niño pastor, tan niño que había sido enviado por sus padres al frente de batalla sólo a llevarle algo de comer a sus hermanos guerreros; por medio de ese niño cuyas armas consistían sólo de una honda y cinco piedras, pero cuya verdadera arma era el Espíritu del Dios de los escuadrones de Israel¹¹.

¿Qué sobrevino como consecuencia de eso en Cades? Una estruendosa rebelión de un pueblo engeguecido por la incredulidad. Era tanta su incredulidad, que ya habían excluido a Dios en todas sus decisiones; y murmuraron, y gritaron y lloraron. No estaban, pues, preparados para entrar a poseer la tierra que manaba leche y miel; no estaban preparados para disfrutar todo lo que Dios tenía para ellos. La tierra estaba enfrente de ellos, y ellos preferían la tierra de donde Dios los había sacado, despreciando las delicias de Dios y de Su Cristo; preferían la esclavitud en medio de esa corriente satánica a la libertad y paz de los hijos. Por tanto, Dios determinó que toda aquella gente incrédula, la gente adulta que se había rebelado, no entraría a disfrutar de su reposo. Si no creemos, ¿cómo vamos a disfrutar de Cristo?

Eso no hizo cambiar los planes de Dios, sino sólo demorarlos, pues después de transcurridos cuarenta años de peregrinar por el

⁹ Cfr. Josué 6:15-21

¹⁰ Cfr. Jueces 7

¹¹ Cfr. 1 Samuel 17:12-52

desierto, y una vez muerto el último de esos revoltosos, sus hijos pudieron entrar a poseer la tierra que Dios les había prometido. Dios jamás cambia sus planes. Él tiene un plan eterno al que ha venido desarrollando hasta que todo tenga cumplimiento en la eternidad.

Cuando nosotros pecamos, Dios no nos quita el regalo de la salvación eterna, “*porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios*” (Romanos 11:29); sólo perdemos temporalmente la comunión con Dios, hasta que nos arrepintamos, confesemos y pidamos perdón, y hasta puede que medie alguna disciplina temporal de parte del Señor; pues el pecado rompe la comunión con Dios, y viene la debida corrección. Dios al que ama corrige. Para participar del reino de los cielos en el futuro, cuando el Señor venga, es necesario que empecemos a participar desde ahora; si no eres apto ahora, hay la posibilidad de que no lo seas después. Que si pecamos, nos dejemos disciplinar desde ahora, nos dejemos moldear desde ahora, muramos desde ahora a una dura y estorbosa condición carnal en nuestro engañoso corazón.

This document was created with Win2PDF available at <http://www.win2pdf.com>.
The unregistered version of Win2PDF is for evaluation or non-commercial use only.
This page will not be added after purchasing Win2PDF.